



Directora: ANGELA GRASSI DE CUENCA
Se publica el 2, 10, 18 y 26 de cada mes

Núm. 26

Exclusiva para recibir anuncios
AGENCIA ESCAMEZ, Preciados, 35, Madrid.

Madrid 10 Julio 1880.

En París, única casa corresponsal
AGENCIA PEROJO, 31, boulevard Bonne Nouvelle, 31.

Año XXX

SUMARIO.—Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Vestido con túnica recogida.—Vestido con biénes.—Vestido con esclavina.—Corbata de cañamazo estameña.—Flor y cenefa bordadas para adornos.—Corbata de gasa y encaje.—Fichú de encaje y flores.—Fleco de crochet.—Toallas bordadas de colores.—Cuadro de malla guipure.—Bordado para cuello marinero.—Bordado para toalla.—Objetos de iglesia: Purificador bordado.—Corporal purificador bordado.—Corporal purificador con monograma.—Cenefas y entredoses bordados á la cruz.—LIT'ERA URA: La huerta

de Murcia, por Emilio Saco y Brey.—Tu traje largo, poesía, por Miguel Sanchez y esquera.—La mujer, poesía, por A. Perez Bonalde.—A la distinguida Sra. Doña C. V., poesía, por Joaquin Rama.—Recuerdos de Mallorca, por Salvador Maria de Fábregues.—Baños de Baños. Viajes por mi patria, por Nicolás Diaz y Perez.—La paloma del diluvio, por Angela Grassi.—La escuela homeopática de Madrid.—Correspondencia.—Variedades.—Explicación del figurín 1.415.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. CUADRO DE MALLA GUIPURE.

Este modelo va bordado á punto de esprit y pasado; está hecho con seda vegetal y los bordados con seda de diferentes colores, alternando dos en la cenefa de óvalos, que resulta harto clara en el dibujo.

2 Y 3. CENEFAS BORDADAS.

Ambas son para cuellos marineros, bordadas con algodón encarnado, cuellos que usan mucho los niños: la número 2 lleva un encaje debajo de las ondas, el número 3 tiene ya la puntilla hecha con trencilla Cluny, y ambas cenefas pueden utilizarse además para vestidos de percal de niña ó de señora.

4. FLECO DE CROCHET.

Este fleco corresponde á la cubierta de canastilla que ofreció el número ante-

bordado y el calado, presentan los números 18 y 19: flecos deshilados en el mismo cañamazo completan esta corbata.

10 Á 13. FALDA RECOGIDA.

La costumbre de usar las chaquetas de tela diferente á las faldas, permite utilizar muchas de éstas cuyos cuerpos se han deslucido ó pasado de moda.

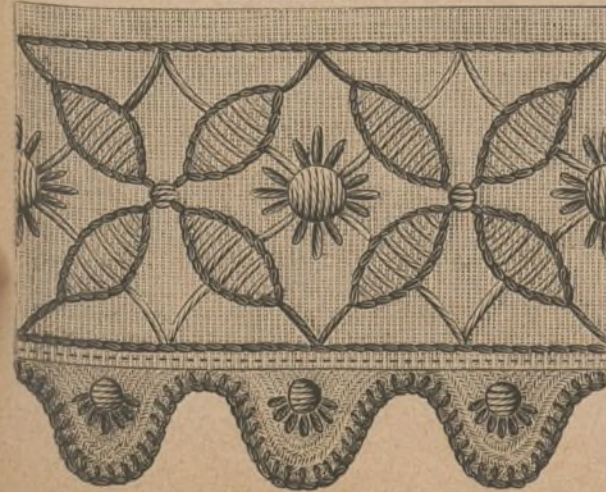
La que presentan estos números puede hacerse en vigóna, ó satén, cachemir, adornada con raso ó foulard en ojales figurados y con ancha cenefa de muchos pespuntos por abajo. El croquis número 13 indica la hechura y las dimensiones de cada paño, indicando las cruces y puntos los pliegues que la recojan. Para una compostura, la falda interior puede ser de percalina, con sólo el volante de la tela exterior.

14 Á 17. FALDA CON COLA AÑADIDA.

Esta falda puede servir para dos objetos, parr traje diario y para visitas y salones añadiéndola la cola número

rior. Esta hecho con lana de color, y su ejecución de barras mates y caladas, no ofrece dificultad ninguna. Los cabos del fleco, cortados de 12 centímetros, se anudan en cada uno de los calados como muestra el dibujo.

5 Á 7, 18 Y 19. CORBATA DE CAÑAMAZO ESTAMEÑA.



2. Bordado para cuello marinero.

Esta corbata se ejecuta en la citada tela amarilla pálida ó color crudo, y ambas puntas se bordan con seda del mismo color, como muestra el número 5 y el 6, y cuyas indicaciones enteramente claras para el

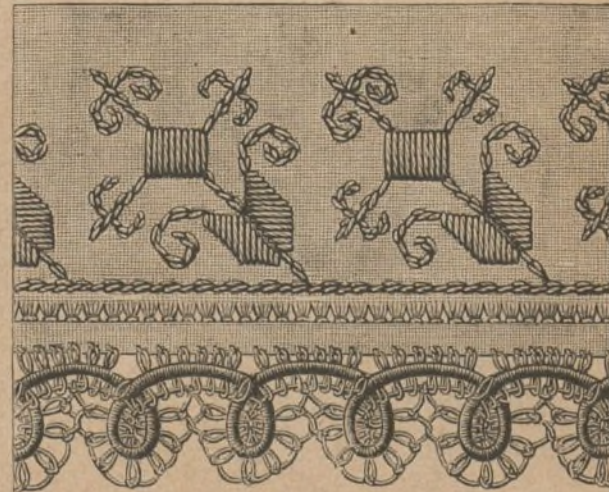
1. Cuadro de

malla guipure.

Ayuntamiento de Madrid

Sirve para adorno de vestidos y abrigos, y se borda al pasado, y á cadeneta en el bastidor (bordado al tambor), pudiendo ejecutarse

20 Y 21. CENEFAS BORDADAS EN ESQUELETO.



3. Bordado para cuello marinero.

con lana ó con seda azul pálido, rosa, color de oliva, sobre una tela fuerte: la cañeta, hecha con tono más bajo, ó con oro, sigue los contornos despues y las venas de las hojas, recortando, por último, los espacios claros que deja el bordado.

24 á 32. TOALLAS BORDADAS CON ALGODON DE COLOR.

La toalla número 24, bordada á punto género slavo, está copiada de un antiguo bordado en este estilo, y presenta muestras de tamaño natural el número 31, dando el completo del dibujo el pliego de patrones y bordados. Está bordada con algodón azul y encarnado, y los números 29 y 30 ofrecen en detalle los puntos que pueden presentar alguna dificultad: los demás son puntos de contorno, punto de cruz y punto de arroz. Un encaje de hilo la completa.

La toalla número 25 está bordada á la cruz, y los números 26 á 28 y 32 son los dibujos que entran en su composicion; el primero en las cenefas caladas y bordadas, y los últimos en los motivos sueltos que van sobre las cenefas: el número 28 es un escudo de armas para el centro, que puede suplirse con unas iniciales de gran tamaño. Puede terminarse, á voluntad, con encaje de hilo ó fleco macramé.

33 á 36. CORBATA DE ENCAJE.

33 á 35. *Corbata fichú.*—Este fichú es de crespón plegado, guarnecido del escote por entredoses y puntillas que vuelven en cuello abierto, terminando las puntas anchos encajes desiguales. Las completa un ramo de flores artificiales que muestran los números 33 y 34, hechas con seda rosa y azul deshilada y con el pistilo amarillo: el follaje es verde musgo.

36. *Corbata de gasa y encaje.*—Un pedazo de gasa de 22 cents. de ancho por 45 de largo, plegado sobre una tira de tul y guarnecido de encaje, forma esta corbata ó grupo, que se completa con dos ó tres órdenes de encaje en los extremos y lazo y ramo de flores.

37 á 47. CORPORALES.

Con estos modelos ofrecemos á nuestras lectoras tres corporales de gusto del renacimiento, cuando se bordaban flores en estos objetos místicos como muestra el número 40, y es copia de uno que se admira en una iglesia del Tirol. Los puntos se hacen de cuatro hilos en cuadro.

37. *Corporal con monograma.*—Está bordado á punto de cruz, hecho en un cuadro de 60 cents., y debe ejecutarse por modelos ofrecidos en el pliego de Setiembre del año anterior. Un encaje de hilo la completa.

38 á 42. *Corporal bordado con flores.*—El corporal número 40 está bordado en cenefa, y en los ángulos á punto de cruz y al pasado sobre tela fina, tiene 56 centímetros por cada lado, y se ejecuta con seda grana y los puntos de adorno con hilo plata. El número 41 ofrece la cenefa del borde, que se completa con el piquillo de encaje que presentan los números 38 y 39, y el 42 muestra el dibujo de los ángulos.

43 á 47. *Corporal purificador.*—Está hecho sobre tela fina con seda y á punto de cruz: los números 44 y 47 muestran las cenefas estrechas, y el número 45 la cenefa ancha que le guarnece, representando el número 46 el ángulo con entera claridad.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



LA HUERTA DE MURCIA.

El que viaja experimenta dos satisfacciones: recrearse ó instruirse, estudiando los usos y costumbres de los pueblos; no basta haber leído la historia y la geografía

para formarse una idea acabada de las épocas anteriores ó de la situacion topográfica de un país, es menester completar esos conocimientos por medio de la experiencia y de la observacion.

En un apacible día del mes de Mayo, despues de recorrer casi toda España, tuve la dicha de llegar á la bellísima ciudad de Murcia, cuya frondosa huerta cautiva el alma en éxtasis arrobador: todo allí es admirable; la naturaleza prodiga sus maravillosos encantos en diversas y múltiples manifestaciones; sus pintorescas alamedas son indescriptibles; alzanse en ellas gigantescos árboles, simétricamente colocados, los cuales pretenden traspasar el inconmensurable horizonte: perales, naranjos, higueras, sauces, hermosos abedules y la gentil palmera, intercalada de trecho en trecho, perfecciona uno de los cuadros más deliciosos de nuestro planeta, indicando tangiblemente la majestad de las ricas producciones de tan prodigioso suelo. ¡Lástima grande que el arte no pueda copiar ó referir con exactitud las mágicas espontaneidades de la inmortal naturaleza!... ¿Qué pintor es capaz de trasladar al lienzo una gota de agua? ¿Dónde está el poeta ó el novelista que describa detalladamente la cosa más sencilla, la produccion más insignificante de la tierra, una hoja de un árbol ó el pétalo de una flor? Confieso mi inutilidad ante lo imposible del asunto; más permítaseme hacer un esfuerzo, aun cuando no salga airoso en la empresa.

Continué mi viaje á Lorca, y casi siempre asomado á la ventanilla de la diligencia, no me cansaba de prodigar alabanzas á las preciosas variedades de espectáculos que á mi vista se presentaban: caminábamos la mayor parte de las veces á la sombra de robustos y añosos árboles, cuyas verdes hojas mecidas suavemente por el aire, producian un murmurio ténue, pero armonioso; las aves, cantando en la enramada, animaban el espíritu más abatido, el corazón más desconsolado; melodaban esa música tradicional y eterna que no podrán imitar nunca los mejores maestros de Italia y de Alemania. Cuando salíamos de una llanura pintoresca, sembrada de flores por todas partes, pues que no hay país donde más abunden, nos encontrábamos de pronto á las faldas de amenas colinas pobladas de vegetacion deliciosísima hasta en sus cumbres, en las cuales la jóven pastora, sentada bajo agrestes y poéticos pabellones y adornada su cabeza con rosas ó azucenas, era la reina de los valles, el emblema de la felicidad y de la dicha: entónces recordé estos sublimes versos de Fray Luis de Leon:

...¿Qué descansada vida

la del que huye el mundanal ruido!..

Todos sus afanes y sus ansias estarían reducidos á cuidar de las cabras y ovejas á ella confiadas, desconociendo por completo el lujo, el fausto y la pompa de las ciudades; sus únicos y acrisolados títulos serían la virtud y la pureza; tal vez desposeída de ambiciones, ángel ignorado en la tierra, embargaría su alma una pena, el no conocer la suntuosidad de los palacios y esas señoras cortesanas de que habria oído hablar quizá con tanta exageracion, creyéndose ella indigna é insignificante; pues el corazón humano en el deseo de admirar lo grande, incurre casi siempre en el absurdo de menospreciar su propia grandeza; busca lo bello, lo ideal, lo magnífico cuando disfruta tan preciados dones, y es que la modestia y la humildad considera inferior ó de escasa importancia todo cuanto tiene un valor infinito é inapreciable; en cambio la soberbia y la vanidad, en su ciega altanería, cree superior lo pequeño, lo mezquino, lo abominable.

Ante la perspectiva de cuadros tan seduc'ores, me abismaba en una confusion de pensamientos comparando el presente con el pasado: las hermcas casas de campo, situadas bajo doseles de entretejida y caprichosa enramada, y en medio de jardines, cultivados con gusto y arte: los laboriosos campesinos que visten un traje cómodo y sencillo: pantalones anchos y una camisa ó blusa larga, ambas prendas blancas, con faja encarnada ó azul á la cintura, y en vez del turbante árabe, sombrero de paja ó de paño negro, traian á mi memoria el recuerdo de aquel pueblo oriental que habia invadido nuestra península á principios del siglo VIII; de aquel pueblo viril que hoy duerme su desventura en los desiertos de Africa, entregado torpemente al sensualismo y á la inacción, dejándonos en la huerta de Murcia, como inmarcesible muestra de su pasada preponderancia, un eden, sólo comparable á los magníficos oasis

del Asia, que tan elocuentemente describe el ilustre escritor francés A. de Lamartine en sus *Viajes al Oriente*.

Recordaba la amargura con que abandonaría aquel alegre suelo su último rey moro Hudiel, rindiéndose á discrecion al fuerte impulso de las poderosas armas del bizarro D. Jaime I de Aragon, el noble conquistador, que en las treinta batallas que acaudilló en toda su vida, obtuvo siempre el inmortal laurel de la victoria, y su gloriosísimo acto de desprendimiento entregando á don Alfonso el Sábio un territorio de condiciones tan estimables; y recordaba, por último, la intolerancia de los tiempos que no se satisfizo hasta conseguir de D. Felipe III la total expulsion de los árabes españoles, privándonos de ese modo de un gran número de hombres dedicados á la agricultura y á la industria, en sus diversas ramificaciones, como si no fueran suficientes las leyes civiles y penales para contenerlos en sus desmanes, pues tolerando sus usos, costumbres y creencias religiosas, en nada se perjudicaría seguramente la tranquilidad del Estado. ¿Quiénes, si no los árabes, engrandecieron nuestra agricultura? La huerta de Murcia, ¿no patentiza la necesidad de haber coexistido aquella raza con nuestra raza? Porque el hombre tenga una religion contraria á la mayor parte de los habitantes de una nacion, ¿se le ha negar el derecho de ser ciudadano?

Estos y otros errores de índole parecida ocasionaron nuestra actual pobreza, nuestra actual decadencia, y sólo un gran esfuerzo científico y político á la vez, podrá nivelarnos á las demás potencias de la culta Europa.

No se puede visitar el indescriptible y poético suelo de Murcia; no se pueden recorrer las deliciosas orillas del rio Segura y las del Sangonera, sin experimentar dos contradictorias emociones: el dolor de que hayan sido expulsados de España los agricultores árabes, y el placer de admirar las ricas y variadas producciones de tan fértil territorio, que constituyen la belleza de su armonioso conjunto de la unidad en la variedad.

Resumiendo: la huerta de Murcia es el verdadero paraíso terrenal, y la mujer murciana, Eva; por eso España es el país de las mujeres hermosas.

EMILIO SACO Y BREV.

TU TRAJE LARGO.

Hoy das á la niñez tu despedida,
niña gentil entre las más hermosas,
y llegas á las puertas de una vida
que siembra Dios de sueños y de rosas.

Anoche sorprendi tras tus balcones
que á tu padre amorosa le decias,
en nombre de tus puras ilusiones:
«llévame al baile porque son mis días.»

Nace el jazmín á evaporar su esencia,
el rico nace á la oriental fortuna,
la mujer al Abril de su existencia,
y todo sér para dejar su cuna.

Cuánto misterio encierra y esperanza,
cuánto desvelo y plácido letargo,
la primer vuelta en la primera danza,
y la primera vez el traje largo.

Feliz ahora, vivirás soñando
al compás de tu tierna fantasía,
con cintas, blondas, gasas, hasta cuando
llegue del baile el codiciado día.

Parecerás entre el bullicio ameno
del gran salón que fulgido riela,
mariposa prendida á nuestro seno
ó flor con alas que en la danza vuela.

Y el baile acabará con sus rumores
y con sus ecos la cansada orquesta,
sin llevar á tu pecho torcedores,
ni ofender nunca tu virtud modesta.

Y mientras otros cuentan los latidos
de un corazón que penas amortajan,
tú verás en tu lecho confundidos
sueños que suben y ángeles que bajan.

Triunfo, salud, enhorabuena, hosanna
á tu naciente y protectora estrella,
que el valle guarde á tu violeta hermana
y el cielo guarde á la gentil doncella.

MIGUEL SANCHEZ Y PESQUERA.

LA MUJER.

Ved esa frente en que la paz del cielo
parece reflejar su luz tranquila;
ved ese rojo lábio que destila
la suave miel del inmortal consuelo.

Ved ese rayo que detiene el vuelo
de los sueños de amor en su pupila,
y ese trémulo seno que, alto, oscila
al dulce imperio de celeste anhelo!...

¿Qué es lo que ensancha esa divina frente?
¿Qué es lo que enciende esa ideal mirada?
¿Qué es lo que agita ese nevado encaje?...

¡Amor, direis, la aspiración ardiente
al ideal soñado.... nada, nada:
una cinta, un sombrero, un nuevo traje!

T. A. PEREZ BONALDE.
New York.

A LA DISTINGUIDA SEÑORA

D.^a C. V.

en el día de su santo.

Un año ha pasado ya.
Vuestro santo celebraba,
y de mi lira os mandaba
las notas que el alma da.
¡Qué veloz el tiempo vá!...
¡Mas que importa que volando
se vaya el tiempo pasando,
si nos permite pensar,
sentir placer y gozar,
vuestro santo celebrando?

Flores, festejos y galas
en albricias obtendréis;
cuanto bien os merecéis,
la dicha os traerá en sus alas.
En vestras lujosas salas
reine el júbilo fecundo,
que yo con placer profundo,
uniré mis alegrías
á esas grandes simpatías
con que os quiere todo el mundo.

Tal vez de vos olvidados
mis nobles votos serán.
¡Mas, qué importa! ¡vivirán
en mi afecto immaculados!
Vuestros goces más preciados
se renueven á porfía,
y no turben la alegría
de vuestras dichas logradas
¡estas flores deshojadas
del vergel del alma mía!

JOAQUIN RAMA.

RECUERDOS DE MALLORCA.

I.

ASPECTO GENERAL DE LA ISLA Y PRINCIPALMENTE DE SU CAPITAL.

Como un punto perdido en el tranquilo Mediterráneo, se destaca la pintoresca isla de Mallorca, la mayor de las que forman el grupo que se nombran las Baleares y que por su estratégica situación han sido objeto en todo tiempo de la codicia de otras naciones.

España, madre común de las islas que no lejos de sus costas se extienden como una hermosa sábana de verdura, protege con su pabellón la antigua colonia de los fenicios y cartagineses, la que hoy se ve crecer y tomar el desarrollo propio de la época del progreso que empezó con este siglo.

Palma, capital de la isla de Mallorca, es una ciudad en la que á cada paso el historiador, el anticuario y el poeta hallan suficiente pasto para dar rienda suelta á sus estudios é inspiración.

Situada en una colina de suave inclinación, poco perceptible por el prolongado semicírculo de montañas que la rodean, ve estrellarse contra sus muros de granito las espumosas olas del Mediterráneo.

Hermoso es el panorama que presenta la capital de Mallorca contemplada desde cualquier punto elevado. Destácase en primer término su hermosa catedral, situada en la meseta de una colina de las que forman el conjunto, sobre los que se extiende la ciudad. El orden arquitectónico-gótico-germánico, aunque no en toda su pureza, si bien no revela el mayor gusto, evidencia la solidez del primer templo de Palma, que ha resistido los embates del tiempo, la mano destructora de los hombres y las convulsiones políticas. Como un centinela avanzado, cuya sombra se pierde en los reflejos del mar que lame sus corrientes, la catedral de Palma, rodeada por los palacios real y episcopal, es la más elocuente página de la grandeza del reino que fundó Jaime el Conquistador. Vamos á entrar en ella.

Tres hermosas naves la componen, coronadas las laterales por dos ventanas de arco redondo, y teniendo la central, frente al altar mayor, en el crucero, la tumba del Rey D. Jaime II, cuyas inscripciones copiamos, porque una de ellas contiene un notable barbarismo.

Dicen así:

Primera inscripción.

AQUÍ REPOSA EL CADÁVER
DEL SERENÍSIMO D. JAIME DE ARAGON
II REY DE MALLORCA,
QUE MERECE LA MÁS PÍA Y LAUDABLE MEMORIA
EN LOS ANALES:
FALLECIÓ EN 28 DE MAYO DE 1311.

Segunda inscripción.

ESTE MONUMENTO
LE MANDÓ ERIGIR Á SUS ESPENSAS
EL RELIGIOSO ÁNIMO DEL REY N. S. CARLOS III
(QUE DIOS GUARDE)
PARA QUE TUVIESEN DIGNO DEPÓSITO
LAS REALES CENIZAS QUE EN ÉL DESCANSAN.
AÑO 1779.

En la capilla llamada de los Salas se halla el magnífico panteón ó sepulcro del general Marqués de la Romana, el que mandó la célebre expedición al Norte en 1808, salvada por el heroísmo y valor de un oficial de la misma, D. Juan Antonio de Fábregues, como extensamente referimos en una de nuestras obras (1). Notable es también la capilla de los Cotoners, y el coro, que está en la nave central, cuyo estilo es algo churrigueresco, aunque en la delicadeza y perfección y habilidad de los bajo-relieves, que representan diferentes pasajes del Viejo y Nuevo Testamento, sus autores demostraron conocer el arte hasta en los detalles de fantasía.

El antiguo palacio de la Almudaina, hoy Capitanía general, Audiencia y Oficinas de la Intendencia militar, es un edificio vastísimo, que sirve, además de alojamiento de la primera autoridad militar y regente, de Archivo general, casa de armas y cuartel para un regimiento de caballería. El palacio episcopal, más pequeño que el de la Almudaina, es una construcción de mal gusto, si bien lo suficiente capaz para servir de morada al prelado, y contener, además de un espacioso jardín, las Oficinas de la curia y Archivo eclesiástico, y otras dependencias. Es curioso y notable el primer salón de este palacio, en el cual se ven colocados los retratos de todos los obispos que ha tenido la diócesis.

Al pasar de estos edificios á la Lonja, parece que se respira una atmósfera distinta, contemplando su bella construcción gótico-germánica, siendo su interior en todo digno de su exterior, pues consta de un gran salón dividido en naves por altas y hermosas columnas acanaladas en espiral. Su construcción del siglo xv, lo mismo que la de Valencia, la coloca en el número de los mejores edificios de España, si bien la de la última ciudad la sobrepaja en pureza de estilo y esbeltez de forma.

La casa Consistorial, ó casa de los Jurados en la plaza de la Corte, es un edificio que honra á Palma, aunque no por su arquitectura. Contiene un museo de mallorquines ilustres, compuesto de 103 retratos, de los que; en la carrera militar han llegado á mariscales de campo; en la eclesiástica á obispos, abades mitrados ó cardenales, en la religiosa, los que más se han distin-

guido en el púlpito ó santidad, y en las órdenes militares, á grandes maestros.

Presiden esta ya numerosa colección de retratos, los de los reyes que fueron exclusivamente soberanos de Mallorca. Y ya que de pinturas hablamos, al encontrarnos en el Consistorio, debemos decir que en nuestra opinión no es muy fundada la aseveración de los palmeranos, de atribuir á Van-Dick un cuadro del martirio de San Sebastian, al que por el solo nombre de su autor conceden un valor exorbitante, creyéndose poseer una verdadera joya de arte.

No es esto decir que el lienzo sea malo; nada de esto tiene: nosotros que hemos visto muchos y buenos cuadros del discípulo predilecto de Rubens, que por amor al arte hemos estudiado su estilo en los principales museos de Italia, no hemos encontrado en el San Sebastian del Consistorio de Palma, ninguna de esas sublimes pinceladas, de esos toques de efecto, ese colorido especial é inimitable que distinguen y caracterizan el vigoroso é inspirado talento de Van-Dick. Por eso sin una prueba auténtica, que justifique su legítima procedencia, nos resistimos á dar crédito á lo que los buenos y sencillos palmeranos dan como cierto y positivo. Y, añadimos, que si efectivamente puede probarse que es obra del ilustre flamenco, no deben por ningún estilo estar tan orgullosos de su posesión, pues aun siendo así y todo, resultaría que era una obra muy mediana para el que de mano maestra ha pintado la Resurrección y otros notabilísimos lienzos. Sentimos en el alma desvanecer las ilusiones de los palmeranos, en este particular, pero á fuer de escritor leal y franco, no podemos ni debemos callar nuestra humilde opinión. Ténganla en poco si gustan, que por ello no nos hemos de ofender.

Los hermosos paseos del Borne, Rambla, Jesus, y muelle de mar, son todo lo pintorescos y amenos que pueden ser en su situación, mayormente cuando las lindísimas palmeranas de negros y aterciopelados ojos, los animan con su presencia.

La ciudad en donde se conocen ricos embutidos y riquísimas y especiales pastas, entre ellas la tan conocida por el nombre de *ensaimadas*, tiene en su seno hermosísimas mujeres, en las que descuellan los mayores y más irresistibles encantos, y la gracia y gentileza más admirables. El cruzamiento de dos razas, vigoriza de tal manera la constitución orgánica del bello sexo de la isla de Mallorca, que aun entre la clase de campesinas ó *payesas*, como las llaman, se encuentran caras de tan admirable perfección, que nada tienen que envidiar á las tan renombradas mujeres de la Circasia y de la Georgia.

El rendir este justo tributo á la hermosa isla de Mallorca es otro deber que tampoco puede eludir el que se precie de justo é imparcial. Lo cumplimos con mucho gusto.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

BAÑOS DE BAÑOS.

(Viajes por mi patria.)

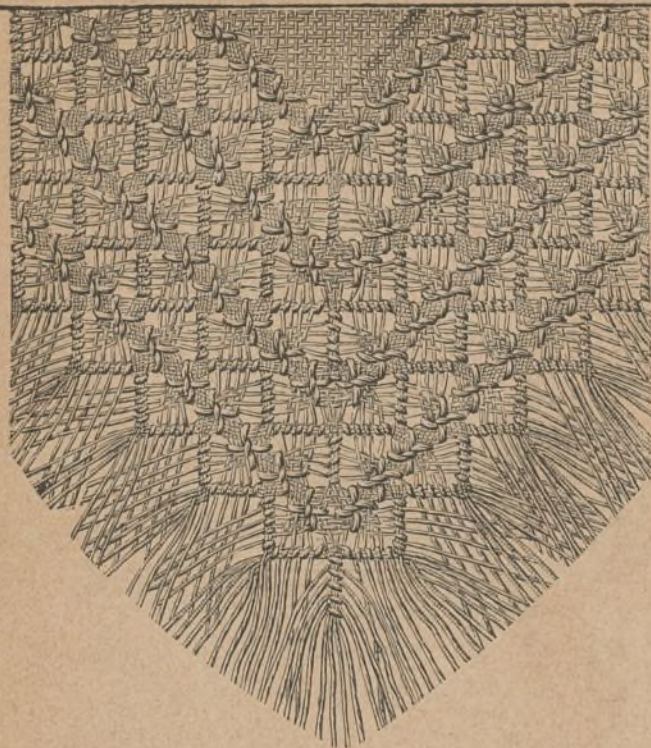
XXXIV.

EPÍLOGO.

Tres años habían pasado desde el casamiento de Rafael con Dolores, durante cuya época se han repetido sucesos dignos de coronar este libro. Fué el primero que Dolores, en su regreso á Alemania, había descubierto en el álveo del río Vulda, provincia de Hesse, un bosque de encinas, totalmente enterrado bajo una capa de arena de cuatro metros de espesor. Los troncos de los árboles se encontraban en buen estado de conservación, la madera no había perdido en nada su consistencia, y era muy á propósito para la fabricación de muebles. Uno de los troncos, que media diez y ocho metros y uno y medio de diámetro, lo había enviado Dolores al museo geológico de Berlín, acompañado de una Memoria.

Dolores recibió por su trabajo el premio primero por la Academia de Ciencias de Berlín, y cuando se disponía á escribir una obra extensa sobre los bosques petrificados, le sorprendió un suceso que la obligó á suspender todo trabajo mental. Se sintió madre. Para ella, este suceso era trastornador. Dadas sus ideas sobre la mujer, la madre no se debe más que á sus hijos en primer término, y á su esposo en segundo. Dolores pensaba en el libro que aún no había escrito. En 30 de Diciembre

(1) *El Libro de los Reyes*, cap. 92, pág. 188 y siguientes.



5. Punta para la corbata núm. 7.

fael, se la veía alguna tarde en carruaje, con su hijo entre los brazos. En España, y en Madrid sobre todo, se la hubiese juzgado una ama de cría.

Cuando vimos á Dolores, después de tres años de casada, Arturo su hijo, contaba ya dos años. Este ángel, fruto de los amores que tanto protegimos, era un prodigio de dulzura y bondad. Sus cabellos ensortijados, sus ojillos azules, sus miradas de infantil ternura, movían al deseo de besar sus blancas mejillas.

Rafael y Dolores adoraban en Arturo, y éste á su vez quería más á sus padres, si esto puede darse, que no es posible.

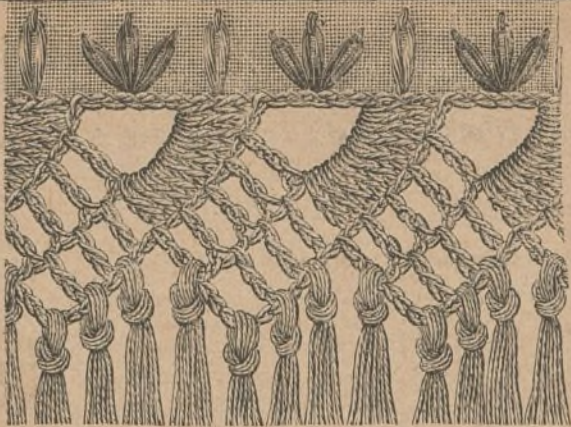
Y es que los niños saben quién los quiere bien.

Arturo estaba todo el día entre los brazos de Rafael y los de Dolores. Los padres son para los hijos una segunda naturaleza, cuando los amantaban sus madres, y cuando viven

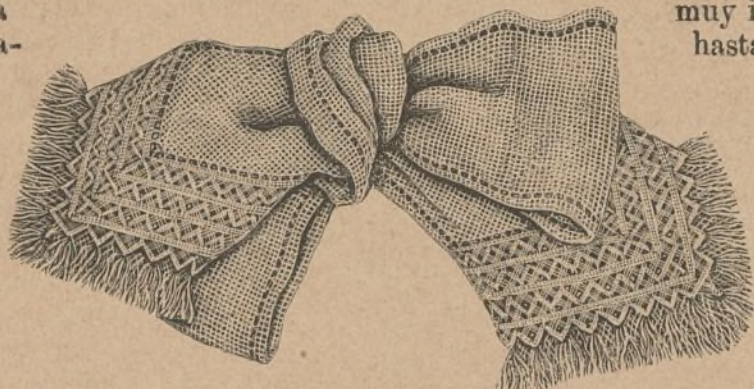
dió á luz un hermoso niño, que vino á colmar de felicidad á nuestros amigos.

Claro estaba que Dolores, esposa y madre, no era la viajera que conocimos en el trayecto de Madrid á Avila. Apenas si salía de casa.

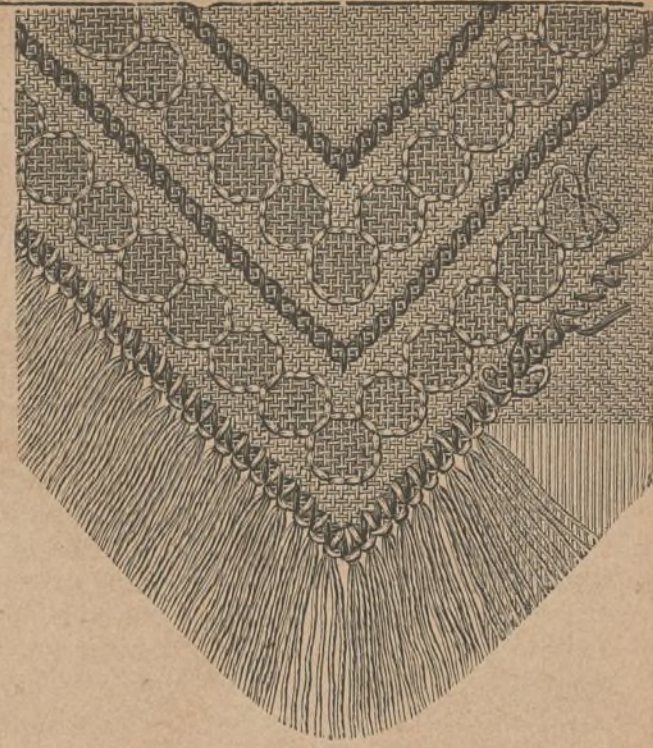
Acompañada siempre de Ra-



4. Fleco de crochet.



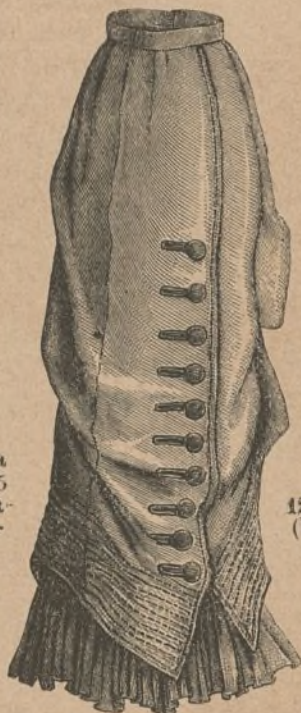
7. Corbata de cañamazo estameña. (Véanse los núms. 5 y 6, 18 y 19.)



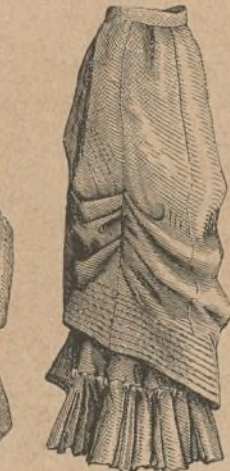
6. Punta para la corbata núm. 7.



8. Espalda del núm. 5 de EL CORREO anterior.



10. Túnica recogida. (Véanse los núms. 11 y 13.)



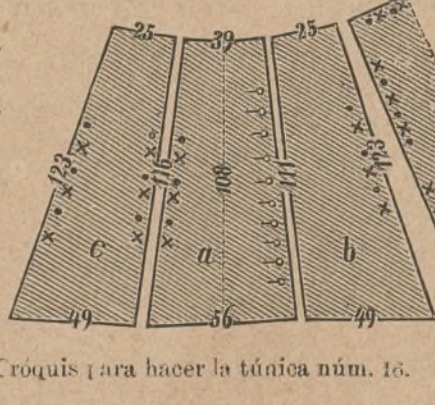
12. Túnica recogida. (Véase el núm. 10.)



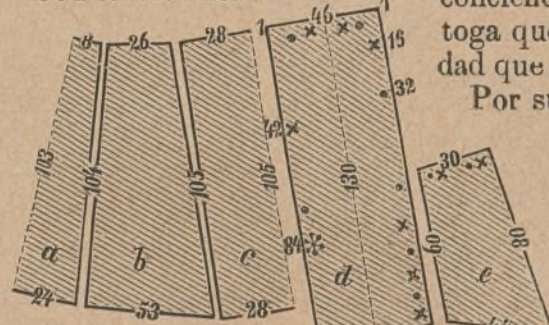
11. Túnica recogida. (Véase el núm. 10.)



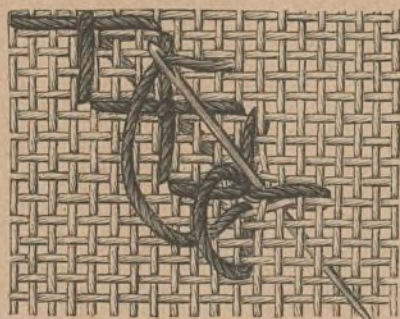
9. Espalda del vestido núm. 4 de EL CORREO anterior.



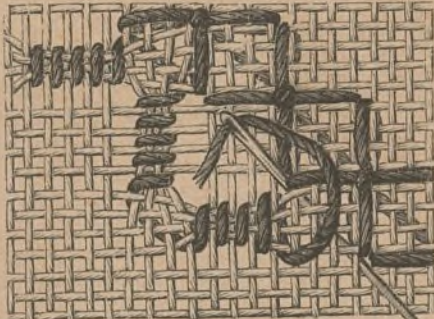
13. Cróquis para hacer la túnica núm. 16.



14. Cróquis para la falda 16 y 17.



15. Cola postiza para la falda núm. 16.



19. Punto ara calar la corbata núm. 7.

18. Punto para bordar la corbata núm. 7.



20. Flor bordada para la cenefa núm. 21.



16. Falda con cola añadida. (Véanse los núms. 14 y 17.)



21. Cenefa bordada en esqueleto para adornos. (Véase el núm. 20.)



17. Delantera de la falda núm. 16.



23. Espalda del núm. 7 de EL CORREO anterior.

jurisconsulto. Agregado al Colegio de Abogados de la corte, comenzaba ya á distinguirse en la Academia de Jurisprudencia, por su fácil oratoria y talento claro y natural. En la polémica era notable, franco y profundo; en la argumentación ampuloso, pero metódico, incisivo y siempre oportuno. Decía cuanto se proponía; sin ahogar con elucubraciones indigestas, sólo al objeto, al caso, esto es, concretando cuanto podía bajo las subordinadas reglas de la oratoria forense. Pedir más á Rafael era una locura. Un joven rico en España no sabe nada. El sabía mucho y tenía conciencia de lo que era la toga que vestía y la sociedad que le rodeaba.

Por supuesto, que todo este gran milagro se obró por Dolores. El amor regenera á los más ignorantes. Rafael lo ha visto el lector, tres años hace, como un ente vulgar, como uno de tantos jóvenes desgraciados conocidos por el nombre gráfico de los go-

mosos, que sirven para atormentar al sentido común y los sentimientos más generosos de las personas cultas y bien educadas. En el capítulo cuarto de esta obra hacemos la presentación del héroe de este libro. ¿Lo recuerda el lector? Desde luego. Pues compárelo con el Rafael de hoy, y de seguro le costará trabajo reconocerlo. Y es que la influencia de Dolores se había dejado sentir de tal manera en el ánimo de Rafael, que lo había regenerado hasta el punto de no parecer ya el mismo. Aquel joven frívolo, casquivano, inoportuno, prodigo hasta la locura, rodeado de amigos

entre los preferentes cuidados que sólo los padres saben prodigar.

Entre el amor de Dolores y el cariño de Arturo, pasaba Rafael sus mejores horas, compartiendo la vida entre estos dos seres, para él los más queridos, y los libros.

Sobre todo con los libros, porque Rafael, que no había leído más obras que las en que estudiaba cuando se matriculó en la Universidad, se había aficionado de tal modo á la lectura, que dedicaba al estudio más de ocho horas diarias. Y aquí haremos notar una circunstancia rarísima.

Dolores, des-



22. Espalda del vestido núm. 7 de EL CORREO anterior.

m. 7.

al Cole-
órte, co-
se en la
ncia, por
o claro y
era no-
o; en la
o, pero
ore opor-
roponia;
iones in-
al caso,
to podía
glas de la
más á Ra-
óven rico
be nada.
y tenía
que era la
la socie-
a.

que todo
n mila-
obró por
El amor
a á los
morantes.
ha vis-
tor, tres
ce, como
e vulgar,
graciados
de los go-



CORREO



Nº 593

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Calle de la Montera, número 44, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

crapulosos, p
ballos andados
del pichon, y e
donde nada eno



28. Bordado



29. Bordado



30. Palma
para la
toalla
núm. 24.



crapulosos, partidario de los toros y de los caballos andadores, presidente del *Club del tiro del pichon*, y enemigo, sobre todo de su patria, donde nada encontraba agradable ni bueno; aquel

jóven, repetimos, no existía ya. Había sufrido una metamorfosis y estaba totalmente transformado en un jóven ilustrado, culto, agradable y de gran porvenir para su patria y para la ciencia. Estos milagros se obran por el estudio. Cuando la juventud se ve estimulada por alguna enseñanza provechosa, siempre responde con los buenos resultados que aquí nos muestra Rafael. Leibnitz lo ha dicho

en un pensamiento grande, como todos los suyos. El dice: siempre he creído que si se reformase la educación de la juventud, se con-

seguiría reformar el linaje humano. ¿No tiene razón Leibnitz?

Pero no si-
gamos en
nuevas con-
sideraciones,
y resumamos
nuestro libro

para terminar este epí-
logo.

Hemos regresado otra
vez de Baños de Baños.

Aun tenemos el pol-
vo del camino en nues-
tros pantalones.

Rafael y Dolores en-
cuentran ahora mejor
aquella alegre villa,
que hace tres años. Y
es que la felicidad tie-
ne la virtud de hermo-
sear todos los horizon-
tes.

Frente al estableci-
miento balneario de
baños, nuestros ami-
gos acaban de levantar
un elegante hotel, don-

de se proponen pasar anualmente la estación de invierno. Dolores ha
mostrado una vez más su buen gusto decorando las habitaciones
con un mobiliario modesto y sencillo. Rafael ha trasladado
á su nueva casa cuatro carros de libros, y se promete con
ellos hacer grandes progresos en el estudio del dere-
cho. Dolores le propone un trabajo muy superior á
las fuerzas de un hombre solo. La codificación
de nuestras reformas legislativas.

— Yo te ayudaré, le dice, yo tengo paciencia para extractar y hacer papeletas de referen-
cias.

Pero á la verdad, Dolores no decía lo que sentía. Ella no abandonaba los cuidados de su
hijo por nada de este mundo. El nombre de buena madre lo tenía ella en más estima que el



23. Bordado para la toalla núm. 23.



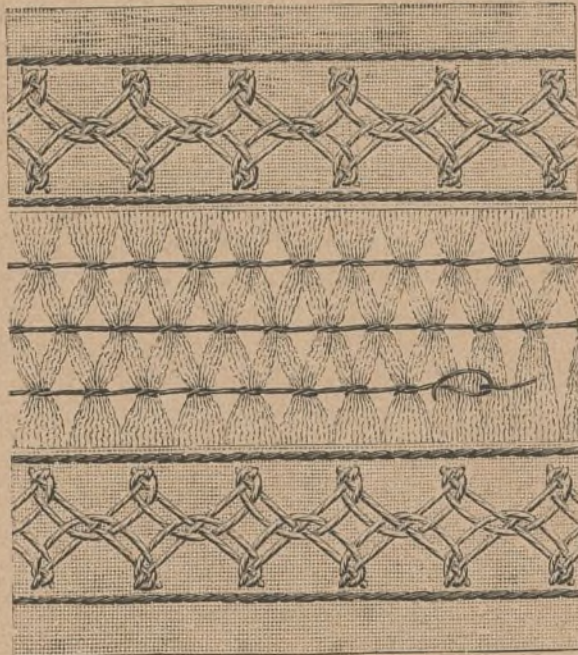
24. Bordado para la toalla núm. 24.



25. Palma
para la
toalla
núm. 24.



26. Cenefa para la toalla núm. 25.



27. Cenefa para la toalla núm. 25.



24 y 25. Toallas con colores. (Véanse los núms. 26 á 31).



31. Bordado para la toalla núm. 24.

premio que le había otorgado la Academia, y que toda otra cualquier recompensa que encontrara en las especulaciones de la vida científica y literaria.

¡Así comprendemos una madre!

NICOLÁS DIAZ Y PÉREZ.

LA PALOMA DEL DILUVIO.

NOVELA ORIGINAL

de

ANGELA GRASSI

(Continuación.)

Lo que temía Rosario en aquel instante, al ver su extraña exaltación, era que se repitiese la terrible escena de antes, y así, no tomando más consejo que el de su fe, corrió a postrarse delante del crucifijo, exclamando:

—¡Oh, mi buen Jesús, tú que acogiste sobre tu seno a la pecadora Magdalena, tú que diste asiento a tu lado al ladrón arrepentido, tú que derramaste tu sangre para borrar las culpas de los débiles mortales, ilumina su mente, fortifica su corazón lacerado por la soledad y el sufrimiento. Dile que eres el buen pastor que recorre los montes y los llanos en busca de la perdida oveja, el buen padre que abre los brazos al hijo pródigo, adornando para recibirle su casa como en los días de regocijo; dile que eres el Dios de las misericordias infinitas, y que las lágrimas del arrepentimiento son las más preciadas perlas de tu inmortal corona... Dila que crea, ame y espere, para juntarse algún día con las benditas almas adoradas, que moran en tu sagrario.

—¿Quién eres tú, que así sabes persuadir, que así sabes consolar?... interrumpió presa de suma agitación la anciana.

—Una mujer ignorante, respondió Rosario, que repite las palabras recogidas mil veces de los labios de su madre, con el fuego, con la convicción que ella inculcó en su alma al alimentarla con la leche de su seno...

—¡Bendita! ¡bendita sea tu madre! exclamó la anciana, benditos los que en este valle de amargas lágrimas esparcen el consuelo y la esperanza...

Acercóse a Rosario, aún arrodillada, y la levantó en sus brazos, estrechándola apasionadamente contra su corazón.

Correspondió Rosario a sus caricias, mezclando ambas por espacio de algunos momentos sus lágrimas, no ya de pesar, sino de consuelo y de alegría.

Pero entre tanto había corrido el tiempo: empezaban a palidecer las estrellas.

Rosario fijó una inquieta mirada en la bóveda azul, y la desconocida dijo, sorprendiendo aquella mirada:

—Quisiera que no te fueras nunca, quisiera que nunca te apartases de mi lado... ¡Pero es preciso!

Separóse de sus brazos, se dirigió al armario, sacó una llave, y cubriéndola de besos, se la presentó a Rosario.

—Te la presto, dijo, no te la doy, porque constituye mi único tesoro.

Muchas veces, cuando las circunstancias lo exigían, trepaba por ese mismo árbol que te ha facilitado la subida, me encaramaba a la tapia, desde la tapia al tejado del cuerpo principal del edificio, lo recorría arrastrando en línea recta y llegaba a la ventana del desván. La ventana tiene reja, pero estaba y está preparada al intento de tal modo, que hay aldabillas por dentro y por fuera, y se quita y se pone fácilmente.

Ahora bien: la puerta del desván está siempre cerrada, pero he aquí su doble llave...

Vete... pero vuelve alguna vez... ¡Has dejado en mi corazón un tesoro de consuelo!... Viviré con la esperanza de oír de nuevo tu voz, que tanto bien me hace... Esperanza! ¡Dulce Esperanza mía!... Cuida de ella... Acuérdate de mí...

Se expresaba lentamente, había cierta vaguedad melancólica en sus ideas.

La joven temía sin cesar otro acceso, y después de haberla abrazado con efusión, se dirigió presurosa a la ventana.

Pero la desconocida la retuvo.

—¿Cómo te llamas? preguntó.

—Rosario.

—Pues bien, llámame a mí Expiación... Ruega por mí, tú que tienes tanta fe; ruega porque no desfallezca

mi ánimo, y aligerados mis días de sufrimiento, pueda dormir para despertar junto a mis prendas queridas... Vete; adiós...

Acercóse a una maceta, en donde, aunque pálidas, florecían rosas de todo el año; cortó una y se la ofreció a Rosario.

No queriendo ésta prolongar por más tiempo aquella peligrosa escena, imprimió un beso en la mano que le tendía la flor, subió rápidamente al alféizar de la ventana, trepó por el árbol, alcanzó la tapia y llegó al tejado.

Era valerosa y ágil. Todo esto lo ejecutó sin esfuerzo ni vacilación.

Volvióse entonces, y vió a la desconocida asomada a la ventana y agitando un pañuelo blanco en señal de despedida.

Al pálido fulgor del alba que empezaba a clarear, parecía una visión fantástica, próxima a desaparecer entre las brumas de la noche.

Rosario recorrió el tejado, llegó al desván, quitó y puso por dentro la reja, y se internó por una larga y empolvada estancia llena de muebles viejos.

Pero en vano buscó la puerta, la luz no era todavía suficiente para disipar por completo las tinieblas.

Después de haber dado mil inútiles vueltas, hubo de resignarse a aguardar que fuese más de día.

Sentóse encima de un cofre, y se entretuvo en descifrar los misterios que la rodeaban.

¿Quién era la reclusa? ¿Cuál sería el crimen que expiaba durante tantos años? ¿Por qué se ocupaba con tanto amor de Esperanza?

Según había dicho, su prisión formaba parte de la misma casa; pero entonces ¿cómo había penetrado Zoilo por la puertecita que conducía al patio misterioso? Y que había entrado por allí era evidente, supuesto que la había dejado entornada. Ella jamás había visto aquella puerta, nadie la había dicho que al otro lado del corredor habitase un ser viviente.

Además, Doña Ursula y sus hijos vivían en una casa cuyas ventanas daban al jardín del antiguo caserón; pero que tenía su entrada por la callejuela inmediata, de modo que la era preciso salir y doblar la esquina, para venir a visitar a su familia.

Pensando en todas estas cosas a la vez, la sorprendió la luz nacarada de la aurora que ya iba enseñoreándose del cielo, y poniéndose de pie, recorrió de nuevo el desván en busca de la puerta.

Fácil era verla de día, pero no de noche, por cuanto estaban arrimados a ambos lados grandes tablones de madera que casi la ocultaban.

Dirigióse Rosario presurosa a ella, pero a medida que se iba acercando, pintábase en su rostro la mayor sorpresa, al contemplar un gran cuadro, colgado encima, y que parecía surgir paulatinamente de las sombras. Cuando llegó ya cerca, la luz daba de lleno en el cuadro iluminando un retrato de hombre, de fisonomía franca y bondadosa.

—¡Mi padre! exclamó retrocediendo algunos pasos. Luego se echó a reír.

El personaje del cuadro llevaba manto blanco con collar azul, y una placa en el pecho.

—¡Y sin embargo, se parece a mi padre! exclamó de nuevo con los ojos arrasados de lágrimas... Hé ahí su mirada triste pero dulce... su boca siempre entreabierta por una benévola sonrisa...

Permaneció algunos minutos extática contemplando el retrato.

—¡Pobre padre mío! murmuró con dolorosa amargura, ¿en dónde estás? ¿qué haces? ¡Ay! ¡ay de mí! Quizás has sucumbido al rigor de tu destino!

Aquella extraña visión la hizo olvidar los peligros y misterios de la pasada noche, pero pronto los primeros rumores de la calle vinieron a recordarle el sitio en donde se hallaba.

Abrió con precaución la puerta, que volvió a cerrar, bajó la escalera, atravesó de puntillas el corredor, y llegó a su cuarto.

Era tiempo, porque aún no había cerrado la puerta, cuando resonaron en ella unos discretos golpecillos.

Corrió a abrir. Era doña Josefa.

Esta echó una mirada sobre la cama intacta, sobre el pañuelo, en el cual antes había colocado Rosario lo que quería llevarse, y dijo con tristeza:

—¡Lo había previsto! No se vaya V., pobre niña, no

se vaya V.! ¡Hay tanto que sufrir en el mundo! has tantos peligros para una joven en Madrid!

Es preciso tener casa, comer y vestir, y no siempre se hallan colocaciones ni medios de ganar la subsistencia honradamente.

E-taba azorada al hablar así, y miraba sin cesar a la puerta. Era un alma buena, pero sobrado tímida, sin valor ni aun para hacer el bien.

—Ya ve V., prosiguió, que yo todo lo sufro con paciencia. Es preciso saber sufrir en el mundo, en donde cada cual tiene su cruz. Si no soy joven como V., en cambio he gustado de las delicias relativas de la vida... He tenido casa, marido, hijos... Hoy no tengo nada... Pero es preciso saber resignarse, es preciso saber sufrir.

No se vaya V., Rosario, se lo ruego...

—Yo no sé, se apresuró a decir ésta, si doña Prisca querrá conservarme a su lado después de la escena de anoche.

—Sí, ¡oh sí! exclamó elaya, es un alma seca y egoísta; pero recta... Se ha impuesto un deber y no hará nada por desentenderse de este deber; tampoco hará nada para detenerla a V. al borde del abismo.

Es un deber pasivo, mudo, fatal...

La pobre Esperanza no ha dormido en toda la noche. Esta mañana me ha dicho: corte V. una rosa de mi rosa y llévesela a Rosario; dígala V. que no se vaya.

Prestó oído, y luego prosiguió más y más azorada.

—Se levantan los criados... Si doña Prisca sabe que he venido aquí, se enojará.

Puso en las manos de la joven la rosa, y se alejó precipitadamente.

Rosario contempló durante algunos momentos la pálida flor; luego sacó de su seno la que la había dado la reclusa.

—¿Qué extraña relación hay entre vosotras? pensó, ¿qué misterio representáis, y cuál es el influjo que ejercéis sobre mi existencia? ¡Una anciana y una niña! ¡Los dos extremos de la escala de la vida! Ellas lo quieren; basta.

¿Será Dios, que por su mediación me señala la senda que debo seguir?

Puso las dos rosas en un vaso de cristal, y guardó lentamente su vestido.

XI.

Celebraba la Iglesia la fiesta de los Santos Reyes, y celebraban los niños con loco júbilo, los dulces y los juguetes que habían hallado dentro de sus zapatitos o junto a su cuna, cuando despertaron curiosos y esperanzados al rayar el alba.

Ellos también, los amados inocentes, participaban de las ricas ofrendas, que aquellos piadosos monarcas depositaron un tiempo a las plantas de Jesús.

Bella es la fiesta del Corpus que representa la gloria del Altísimo en toda su esplendorosa majestad; bellas y conmovedoras son las ceremonias de Semana Santa, que simbolizan el sublime misterio de nuestra redención; pero son aún más gratas las que se consagran al Niño Dios, nacido en medio del desamparo y la pobreza, como si hubiese querido asimilarse así en un todo a la humanidad, participando desde el primer vagido de sus quebrantos, asumiendo cada uno de sus dolores, para darla ejemplos de humildad, resignación y paciencia.

¡Nacido en un pesebre y muerto en una cruz! ¿Quién podrá murmurar de las pruebas que Dios le envía durante su amargo tránsito, si tiene la vista fija en el portal de Belén y en la cumbre desolada del Calvario?

Hacía un día espléndido, como suelen serlo todos en Madrid durante el mes de Enero. Sol brillante, brisa fresca pero acariciadora: alegría en el cielo, alegría en la tierra que empieza a sentir germinar en sus entrañas la savia de la nueva vida.

Aunque era muy temprano, Rosario había bajado al jardín: sitio querido, teatro de sus únicas delicias, porque allí sola, sentada al pie de un árbol, podía estarse contemplando el cielo y aspirando a lo infinito.

Ella también sentía germinar en su pecho la savia generadora de la primavera del año y la primavera de la vida.

Sentía conturbado su corazón por extrañas y nuevas sensaciones, a las que no se entretenía en dar un nombre.

VARIEDADES.

Acaba de ponerse á la venta una segunda edicion de los *Cuentos para reir*, por D. Miguel Blanco Herrero, agotada en brevisimos dias la primera. Los que deseen adquirir esta obra, que cuesta cuatro reales, deben dirigir sus pedidos á la librería de A. de San Martin, Puerta del Sol, 6, Madrid.

En el mismo acreditado establecimiento se halla de venta un elegante tomo de 360



37. Corporal purificador con monograma.



36. Corbata de gasa y encaje.

dichos cuadros. Estas reproducciones, fielmente grabadas, acompañan al número 16, tomo III, del mencionado periódico, que en la actualidad se está repartiendo. Digna es por todos estilos de tan alta proteccion la preciosa Revista que dirige nuestro compañero D. Manuel Ossorio y Bernard, y que constituye el mejor obsequio que puede hacerse á un niño.

La Administracion del periódico sigue

33. Flor de capricho para la corbata n.º 35.



32. Bordado para la toalla n.º 25.

páginas en 8.º mayor, que contiene los discursos académicos del Sr. Castelar, precedidos del que leyó con tan singular aplauso en la Academia Española el día 23 de Abril próximo pasado. Su precio es 12 reales.

**

SS. AA. RR. las señoras Infantas doña Paz y doña Eulalia de Borbon, cuyas aptitudes para el cultivo de las Bellas Artes han acreditado recientemente

con los cuadros regalados para una rifa benéfica, han honrado al Director del periódico *La Niñez*, reproduciendo en dibujos sobre madera

38. Cenefa para el n.º 40.



45. Cenefa para el n.º 43.

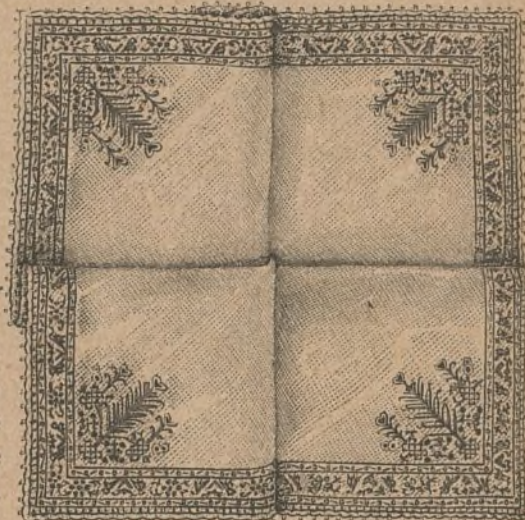
41. Cenefa para el n.º 40.

44. Cenefa para el n.º 43.



43. Purificador bordado. (Véase el n.º 44.)

34. Flor de capricho para la corbata n.º 35.



con encaje blanco.

2. Sombrero SARA.—La armazón es de paja color de nutria; el ala está orillada de surah en-

carado oscuro, y guarnecida con encaje cachemir encarnado y oro. Un gran lazo de cinta de surah color nutria adorna el sombrero por delante, y parece sostenido por dos clavos de oro.

3. Sombrero GAINSBOROUGH.—Es de paja de Italia, forrada el ala de gasa verde musgo. Un grupo de plumas verdes claro y oscuro sale de debajo del ala, mientras un lazo de los mismos tonos le adorna por fuera en el costado opuesto.

4. Sombrero-capota.—Nuestro modelo es de paja de Italia, con la copa enteramente cubierta por vivos de surah encarnado de tres tonos, entrecortados en el borde por tres órdenes de paja fina trenzada. Un ramillete compuesto de acacias maíz y peonías granate completan su adorno. Bidas encarnadas.

5. Sombrero-capota.—El ala es de paja color de escabiosa, y el fondo de surah plegado del mismo color. El borde va realzado con un agremán calado de oro y perlas, y una guirnalda de rosas té, color de rosa, bridas de surah rosa ó de encaje blanco, según más agrade.



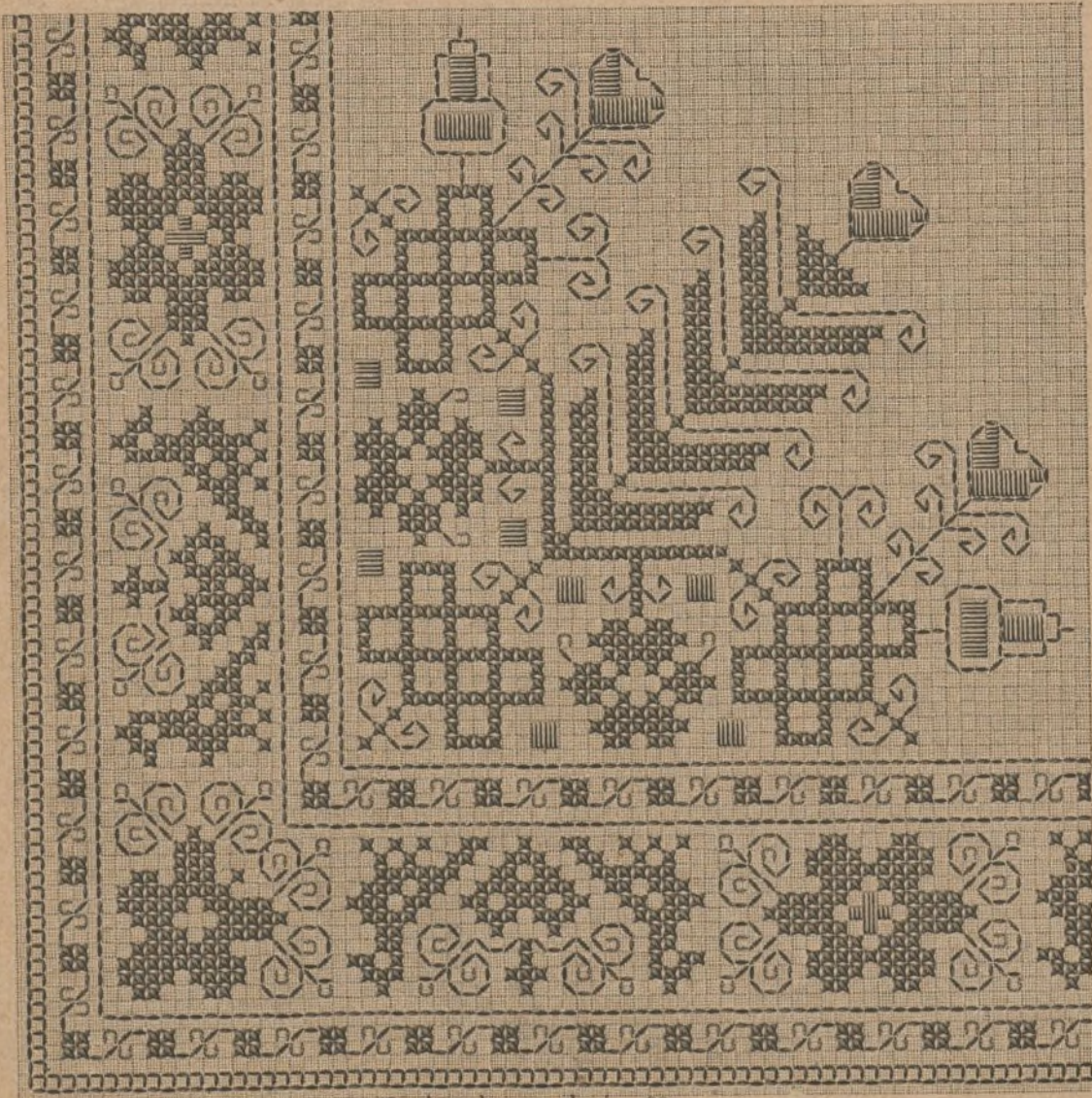
35. Fichú-corbata. (Véanse los n.ºs. 33 y 34.)

39. Cenefa para el n.º 40.



46. Angulo para el n.º 43.

47. Cenefa para el n.º 43.



42. Angulo para el n.º 38.

Las Sras. Suscriptoras a la 1.ª Edición de la REVISTA ILUMINADA 1415.

Editor propietario, Carlos Gassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet 7

Administración: Montera, 11, Madrid

Núm. 2

SUMARIO.—Nuestro Sombrero tul.—Peñica para n.º de encajes

REVIS

Las ma en esta ép bandada de por el tiro se dirige á yas de Bia tian; cuál de Santa quién pref embocadu pital del quíen, por cer su qu los estable minerales del Pirine caprichos moda repr simo pape metáfora, bandada de lanzar su alas con te prisma; r con artíst de simbolí gio de la n Sinunca excéntrica caprichos, ilusion y la la belleza. moda actua ni épocas; de moderna bina otro c su sólo mé caje, cinta, que si cuer reclusion r pel import vío moder elegante. I trañas de guos son l mento; r Veronés, p rán los co para el pró lores opac das, que h contraste el rosa ba todos los c córte de Lu cian como hacer su a rosa que co ran los mis de batista Veronés, c